

OCHOMILLONES DE DIOSES

David B. Gil

© 2019, David B. Gil

©2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.



La expresión «ocho millones de dioses» (en japonés: *yaoyorozu no kami*, 八百万の神) se emplea en la religión sintoísta para referirse al conjunto de divinidades que pueblan el cielo y la tierra. La cifra, por tanto, no debe tomarse en sentido literal, sino que es una fórmula para invocar a todo lo sagrado de este mundo.

SOBRE EL CONTEXTO HISTÓRICO

Durante siglos Japón fue un mito para los europeos, la isla dorada de Cipango que los chinos referían a Marco Polo, pero de la que nunca se tuvo constancia en carta náutica alguna. Y así continuó hasta que, en 1543, un junco chino con varios mercaderes portugueses a bordo naufragó en la isla de Tanegashima, lo que condujo a un descubrimiento mutuo: los europeos ponían por fin en el mapa aquel archipiélago de leyenda al tiempo que los japoneses entraban en contacto directo, por primera vez en su historia, con los occidentales.

A estos primeros encuentros fortuitos de índole comercial les siguió otro cuidadosamente planificado durante seis años: la llegada de la misión jesuita a Japón en 1549, auspiciada por el rey de Portugal y encabezada por el misionero navarro Francisco de Jasso y Azpilicueta (a la postre, San Francisco Javier). Debe tenerse en cuenta que, merced al Tratado de Tordesillas, que repartía las rutas marítimas entre España y Portugal, Japón se hallaba en latitudes portuguesas, por lo que correspondía a dicho reino la explotación mercantil y cristianización del nuevo territorio.

La corona lusa decidió encomendar la labor evangelizadora a la Compañía de Jesús, una élite intelectual y científica dentro de la Iglesia católica, muy diferente a los frailes franciscanos y dominicos que solían acompañar a los españoles en sus conquistas y descubrimientos. Ya fuera por su deseo de evitar a estas congregaciones de ascendencia más «castellana», o porque Juan III de Portugal comprendió que la conversión de Japón era un reto muy diferente a la evangelización de las Américas, la elección de los jesuitas resultó providencial.

Francisco Javier supo ver en Japón un país de gran complejidad social y cultural: «el pueblo más elevado moralmente de cuantos se han hallado», por lo que aleccionó a sus misioneros para que se empaparan de los usos locales, aprendieran el idioma en la medida

de lo posible e incluso acostumbraran a vestir, comer y conducirse al modo de aquel extraño pueblo. El objetivo último era desprender el discurso evangelizador del etnocentrismo europeo y adaptarlo a la mentalidad y protocolos japoneses, de modo que fuera más fácil de asimilar por las clases altas y, de ahí, permeara a los estratos más bajos de la sociedad.

Los jesuitas llegaron al país en pleno *Sengoku jidai* («Era de los Estados en Guerra», que se prolongó desde la segunda mitad del siglo XV hasta finales del XVI), por lo que hallaron una nación dividida en cientos de feudos enfrentados entre sí, cada uno gobernado por un señor samurái con sus propios ejércitos e intereses, sin un poder central capaz de apaciguarlos. Entre estos señores de la guerra destacaba la figura de Oda Nobunaga¹, considerado primer unificador de Japón, que había conseguido someter bajo su mando a gran parte del centro del país, incluida la capital imperial: Kioto.

Oda, no obstante, estaba lejos de una victoria completa, pues aún contaba con la oposición de poderosas familias samuráis, como los clanes Takeda y Hojo, además de sufrir el constante hostigamiento de las beligerantes sectas budistas (muchas de las cuales disponían de sus propios ejércitos). No es de extrañar por tanto que Nobunaga viera en los sacerdotes extranjeros una baza que podía jugar a su favor: por una parte, los «barcos negros» portugueses, con sus armas de fuego y sus valiosas mercancías de ultramar, solo atracaban en aquellos puertos que contaran con el beneplácito de los misioneros. Por otra, allí donde prosperaba el cristianismo los bonzos budistas perdían influencia entre la población.

No solo Oda Nobunaga se convirtió en un inesperado aliado de la misión jesuita, otros daimios (señores feudales) abrieron sus puertas a los extranjeros en su afán de entablar relaciones comerciales con ellos, llegando incluso a convertirse al cristianismo. Pero la protección de Oda y de los daimios conversos no llegaba a todos los rincones de Japón, y los «padres cristianos» debieron enfrentarse a no pocas penurias en su afán evangelizador, sufriendo a menudo desprecio, persecución y muerte.

¹ El apellido precede al nombre, según dicta la onomástica japonesa.

Es en esta época de encuentros y desencuentros cuando tiene lugar la siguiente historia.

Prólogo

Marchas y regresos

15 de febrero de 1579

El joven Celso bajaba por la cuesta de Santo Tomé con la vista clavada en el suelo, pisando con fuerza sobre los adoquines, como si quisiera hundirlos aún más en la tierra. Había dejado atrás el adarve del Ciruelo y ahora serpenteaba por calles casi vacías, flanqueadas por las tenderas que recogían ya sus puestos. Las mujeres lo llamaban a gritos, intentando endilgarle con desvergüenza la última mercancía del día, aquella que nadie con buen ojo había querido. Quizás por verle tímido y aseado lo confundían con el mozo de los recados de algún comunero, y si bien las tareas domésticas suponían una de sus ocupaciones habituales, la encomienda que lo había lanzado a la calle esa tarde era de muy distinta naturaleza.

Atosigado por las voces que lo reclamaban con zalamería, se escabulló por un angosto pasaje que bajaba hacia la plaza de la catedral. Toledo, de alma cristiana pero tortuoso trazado moro, era abundante en callejones y pasadizos. Aquel al menos no olía a estiércol y orines, quizás por encontrarse cerca del corazón santo de la ciudad; eso no significaba que estuviera exento de otras inmundicias, como el ciego mendicante que se sentaba en el escalón de un soportal. Meneó su escudilla con monedas al paso del muchacho y este lo evitó pegándose a la pared opuesta, lo que pareció ofender al menesteroso en grado sumo, pues, con un tino que desmentía su ceguera, le cruzó el bastón para hacerlo tropezar. Celso trastabilló y a punto estuvo de rodar por el suelo; quiso volverse y lanzarle un puntapié a la escudilla, pero recordó el énfasis de su maestro en que no se distrajera, así que maldijo por lo bajo y recuperó el paso.

La sombra gótica de Santa María anegaba ya la plaza, y pese a emerger de la bocacalle con un impropio enredado en la lengua, no olvidó persignarse al cruzar frente

a la Puerta del Perdón. Solo aminoró el paso cuando se encontró cara a cara con su destino: la sede del palacio episcopal.

Intimidado, contempló los dos escudos de armas del cardenal Tavera, imponentes a cada lado del pórtico. Le habían dicho que debía avanzar sin titubeos y entrar en la casa como si del propio arzobispo primado se tratara, pero a cada paso sentía flaquear las piernas. Tragó saliva y palpó la carta bajo la saya. El papel pareció infundirle confianza, así que volvió a persignarse y se encaminó hacia la entrada.

Apenas hubo cruzado el umbral, comenzó a llegarle desde las profundidades del corredor un murmullo de voces ininteligibles. Le sudaban las manos mientras caminaba entre retratos de arzobispos y cardenales que lo contemplaban con rostro severo, sabedores de su intrusión. Finalmente, el pasillo se abrió al patio interior y allí, a la oblicua luz del atardecer, se halló rodeado de hombres que hablaban entre ellos en un sinfín de lenguas tan extrañas y exóticas como los países de los que procedían, pudiéndose emplear hasta tres y cuatro idiomas en una misma conversación. Celso solo pudo reconocer con certeza el castellano y el latín, pero creyó identificar entre la concurrencia a caballeros moriscos que se expresaban en su propia habla, discutiendo con padres teólogos que citaban a Aristóteles en lo que parecía griego antiguo. Otros declamaban en hebreo o catalán, y aun otros en toscano, portugués, occitano u otomano... Y cada lengua encajaba como un ladrillo en aquella confusa y babélica torre.

El muchacho se detuvo abrumado, convencido de que alguno de los hidalgos repararía en su presencia y mandaría expulsarlo. Pero no parecía tener para ellos más interés que un insecto, así que se deslizó furtivamente hacia el claustro, en busca de las escaleras que debían conducirlo hasta el ala oeste del palacio, la menos santa por ser la más alejada de la catedral. Allí se hallaban los talleres y bibliotecas que, desde hacía cinco siglos, eran el corazón de la Escuela de Traductores de Toledo.

Encontró la escalinata que le habían indicado y subió los peldaños de dos en dos. Al coronar el último, se encontró frente al rostro marmóreo de Raimundo de Sauvetat, que escudriñaba el vacío con expresión solemne. Se persignó por tercera vez aquella tarde y se internó por un pasillo que vino a desembocar en una biblioteca de altos estantes y amplios corredores.

Volúmenes y pliegos de papel se amontonaban en los anaqueles y se desparramaban sobre las mesas. No estaba solo, pues repartidos aquí y allá había traductores y bachilleres que se inclinaban sobre los escritorios, o que escrutaban con el ceño fruncido las hileras de tomos polvorientos que cubrían las paredes. De tanto en tanto, alguno levantaba la vista de su lectura y lo observaba por encima de los anteojos, pero el muchacho se limitaba a carraspear y seguir adelante. Y así continuó hasta que escuchó cómo una silla se arrastraba y alguien lo llamaba chistando. Le bastó un vistazo por encima del hombro para encontrarse con la feroz mirada de uno de los bibliotecarios: un benedictino de expresión agria que le seguía con intención de poner fin a su incursión. Viéndose perdido, Celso echó a correr; el monje lo llamó en voz alta, lo que provocó las protestas indignadas de la mayoría de los presentes.

El chico atravesó a la carrera otras dos bibliotecas antes de perderse en un enjambre de cámaras y pasillos. Todo aquel con el que se cruzaba lo miraba con extrañeza, pero nadie atinaba a detenerlo mientras él seguía buscando una segunda escalera: esa que, según su maestro, conducía a las celdas que alojaban a los estudiosos llegados de toda la península y más allá, incluso del norte de Europa y África.

Al doblar una esquina se topó con un novicio que arrastraba un cubo lleno de agua sucia.

—¿Y las residencias? —le espetó.

El muchacho, sorprendido por la brusquedad de aquel extraño, solo acertó a señalar uno de los pasillos con el dedo. Por allí se precipitó Celso, al que tantas galerías de piedra le parecían idénticas, hasta que finalmente dio con las ansiadas escaleras. La premura le hizo tropezar un par de veces en los escalones, pero alcanzó sin mayores percances la planta que acogía a los residentes. Recorrió el pasillo contando las puertas de la derecha: tres, cuatro, cinco... Allí, la sexta.

Tocó tímidamente con los nudillos. Al no recibir respuesta, insistió con más contundencia y aguzó el oído. Nada se escuchaba al otro lado de la espesa plancha de roble. Como el resto de las celdas, por toda cerradura solo tenía una argolla de hierro. Se retorció los dedos durante un rato, dubitativo, hasta que finalmente asió la anilla y tiró; la madera produjo un quejido ronco al rascar el suelo de piedra. Al otro lado no había más que densa oscuridad.

—¿Padre Ayala? —preguntó con timidez.

No obtuvo respuesta, así que se adentró en la cámara. Poco a poco, sus ojos se fueron adaptando a la luz procedente de una ventana enrejada que apuraba los últimos rayos de sol. En aquella penumbra rosácea, Celso contempló los humildes dominios de Martín Ayala, lingüista y traductor de la Compañía de Jesús, retirado a una piadosa vida de estudios tras servir al Señor y a la cristiandad en misiones allende los mares. Lo que más atrapó su atención no fueron los torcidos estantes que vomitaban pergaminos sobre el suelo, ni el miserable catre en el que apenas podía encogerse un hombre adulto, sino las extrañas sábanas de papel que cubrían las paredes, sin apenas dejar un resquicio de piedra a la vista.

Cautivado, Celso olvidó el motivo que lo había llevado hasta allí y se aproximó para intentar descifrar la maraña de tinta vertida sobre unos pliegos que, incluso en la oscuridad, se adivinaban de un blanco más puro que cualquiera que hubiera visto antes. Las formas parecían trazadas a pincel, no a pluma: intrincadas, arcanas... Algunas se sucedían en hileras verticales; otras, sumamente elaboradas, extrañamente hermosas, ocupaban un lienzo entero. No se parecía a nada que hubiera visto antes, pues carecía de la sinuosa fluidez del árabe o de la pulcra simetría del hebreo. Incluso creyó distinguir figuras en los trazos: árboles apuntados, formas humanas quizás... ¿Y aquello? ¿Una casa de extraño tejado? A medida que la luz decaía pegaba aún más la nariz al papel, vislumbrando extraños paisajes, sombras de una tierra lejana...

—¿Qué haces aquí? —retumbó una voz a su espalda.

Sobresaltado, Celso se apartó bruscamente, tropezó con el único taburete de la estancia, cayó de espaldas y se golpeó la cabeza con el jergón.

La voz, que en su ensimismamiento le había parecido profunda como la de un coloso, pertenecía en realidad a un hombre enjuto, de tez huesuda pero espalda firme. Una barba bien recortada ocultaba sus rasgos, aunque permitía intuir que pasaba ya de los cuarenta. Sus ojos, flamígeros en la penumbra, clavaban a Celso contra el suelo.

El jovenzuelo abrió la boca para explicarse, pero solo logró balbucir algo que ni él mismo llegó a entender; entonces recordó la carta y descubrió que la aplastaba entre los dedos. La estiró contra el pecho y se la entregó al recién llegado. Este prendió un pequeño

candil y aproximó el sobre a la luz; estaba sellado con un sol llameante que envolvía los caracteres IHS. El destinatario frunció el ceño y rompió el lacre.

Cuando terminó de leer la nota, se dirigió al mensajero:

—Te he visto antes, eres novicio en la escuela de Santo Tomás.

—Soy Celso de Gálvez, maestro —respondió el muchacho.

—Y dime, Celso, ¿por qué me traes a hurtadillas una misiva del provincial de Castilla y Toledo? ¿Qué asuntos son estos que el padre Castro o el padre Aurteneche no pueden despachar conmigo a la luz del día?

—No sé nada, señor. Pero me han dicho que os insista en que esta noche estéis en las casas de Orgaz antes de que los cistercienses canten completas. Y que debéis ser prudente y, en la medida de lo posible, evitar que nadie repare en vuestra persona.

Ayala meneó la cabeza con expresión desaprobatoria, pero el gesto no iba dirigido al muchacho.

—Dile a los padres —señaló al fin— que no puedo desatender las diligencias de nuestro provincial, pero que son estos tejemanejes los que alimentan muchas desconfianzas hacia la Compañía, y que no hace tanto que el cardenal Siliceo nos impedía entrar en esta ciudad.

Celso asintió, aunque bien sabían ambos que no iba a decir nada a sus maestros. Bastante tenía con haber logrado cumplir sus instrucciones.

Martín Ayala abandonó la residencia episcopal por la puerta de servicio y se cubrió el rostro con la capucha. El relente le recordó que el invierno no había quedado del todo atrás y, mientras miraba a su alrededor, se echó el aliento en las manos. Hacía años que intentaba apartarse de los asuntos de la Compañía; algunos toledanos ni siquiera sabían de su condición de jesuita, tan vinculado estaba a la vida seglar de la comunidad académica. Pero una carta del prepósito provincial no podía ser ignorada, y por más que tales asuntos le colmaran la paciencia —sobre todo cuando se presentaban con aquel secretismo tan del gusto de los suyos—, debía admitir que habían logrado suscitar en él cierta curiosidad.

Dispuesto a que la noche concluyera cuanto antes, se dirigió a las antiguas residencias del conde de Orgaz, un complejo de decrepitos caserones no muy apartados de la catedral, comprados por la Compañía a los pocos años de su implantación en Toledo con la intención de construir un colegio o una iglesia, aún estaba por ver. Las viviendas se hallaban en los límites de la judería, así que Ayala encaminó sus pasos hacia la plaza del Salvador en pos de los vericuetos del barrio de Caleros.

Dejó atrás todo tipo de negocios cerrados a cal y canto: traperías, joyerías y herrerías, casas de empeño y casas de préstamos, locales que aún conservaban algún cartel en hebreo a pesar del edicto de expulsión. Finalmente llegó al recinto comercial del Alcaná, que en la soledad de la noche aparecía poblado solo por sombras y gatos. Aquel vacío en el mismo corazón de la ciudad le provocó una inexplicable desazón. Si hubiera creído en los malos presentimientos, Ayala hubiera dicho que uno le embargaba, así que se ciñó el embozo y prosiguió la marcha.

La calzada se fue despoblando de adoquines hasta tornarse un camino de grava que vino a morir junto a un puñado de casas destartadas. De la muralla que otrora rodeara el lugar ya solo quedaba una hilera de piedras que no levantaba una vara del suelo; la vieja residencia toledana de los condes de Orgaz había sido engullida por la ciudad y ahora apenas se mantenía en pie, constreñida entre los adarves de la judería y los nuevos barrios comerciales.

Se internó en el fantasmagórico enclave hasta llegar al patio central, construido alrededor de un pozo que exhalaba un aliento nauseabundo. Miró a su alrededor, a las techumbres derruidas y las fachadas abombadas por el peso, y no pudo evitar preguntarse qué estaba haciendo en ese lugar. La carta del padre provincial abundaba en la necesidad de que fuera discreto, pero obviaba cualquier explicación sobre lo que se esperaba de él. Antes de que sus pensamientos se volvieran más aciagos, reparó en la tímida luz que se filtraba entre las contraventanas de uno de los caserones. Dejó a un lado sus reparos y se aproximó a la única puerta practicable. No se escuchaban voces, así que, harto de tantas precauciones, empujó la madera y cruzó el umbral.

Dos hombres lo aguardaban en el caserón, ambos ataviados con el manto negro de los jesuitas. Conocía bien al que se hallaba de pie, con las manos a la espalda en actitud de haber estado caminando en círculos: se trataba del padre Aurteneche, el más anciano

de cuantos jesuitas residían en Toledo. El otro, sin embargo, sentado junto a la linterna que iluminaba la estancia, era un absoluto misterio para él.

—Padre Ayala —lo saludó Aurteneche al verle entrar—, gracias por acudir. Sabemos que la situación es inusual, pero pronto comprenderéis que no había más remedio.

—Buenas noches, padre Aurteneche —respondió el recién llegado, bajándose la capucha para escrutar al desconocido.

—Este es el padre Escrivá, coadjutor en Roma del padre Mercuriano. —El anciano lo presentó con gran reverencia, pese a tratarse de un hombre unos veinte años más joven.

Un asistente *ad providentiam* del superior general de la Compañía, se dijo Ayala, desplazado desde Roma para despachar con él a la luz de una vela. ¿Qué sentido tenía aquello?

—Por favor, tomen asiento —los invitó Escrivá, extendiendo una mano grande y nervuda.

Se acomodaron en las dos sillas que quedaban por ocupar, frente a frente con el enviado de Roma, que deslizó la lámpara hasta el centro de la mesa. Al apoyar las manos sobre la madera, Ayala se percató de cuán podrida se hallaba; no le hubiera sorprendido que en cualquier momento se desmoronara como ceniza entre sus dedos.

—Dígame, padre Ayala —comenzó el enviado—, ¿cuáles son vuestras ocupaciones en la escuela de traductores?

Ayala dudó un instante, intentando averiguar por qué aquello podía ser relevante.

—Enseño a algunos, traduzco manuscritos, enmiendo otras traducciones...

—¿Y con qué lenguas soléis trabajar?

El traductor ladeó la cabeza, desconfiado.

—Portugués, toscano... Latín y griego, por supuesto...

—Y japonés.

Ayala afiló la mirada.

—Lo cierto es que hace años que no traduzco ese idioma...

—Pero hay quien dice que no lo habéis olvidado. Que, de hecho, seguís escribiéndolo y leyéndolo; en vuestra celda, preferiblemente, para evitar a los curiosos y para ahorrarnos explicaciones.

—Explicaciones como esta, queréis decir. —El tono de Ayala sonó un tanto desafiante, lo que provocó un breve sobresalto en el anciano Aurteneche.

El emisario sonrió.

—¿Es cierto que formasteis parte de la primera misión de Francisco Xavier a Japón?

—Así es.

—Eso fue hace casi treinta años. Debíais de ser muy joven entonces.

—Tenía dieciocho años cuando llegué a Malaca para unirme a la expedición del padre Xavier —confirmó Ayala—, y diecinueve cuando desembarcamos en Kagoshima, el día de la Asunción de 1549.

—Una tierra inhóspita, aún por explorar... ¿Por qué querría Francisco Xavier a alguien tan joven en su misión? ¿Os lo llegó a explicar alguna vez?

—El padre Xavier pidió al colegio de Burgos que le enviaran a un novicio con maña para las letras... Y por algún motivo se me eligió a mí. Tenía la convicción de que, cuanto más joven se es, más abierto están los sentidos y con más facilidad se aprende, sobre todo en asuntos de lenguas y dialectos.

—Y no debía andar desencaminado —afirmó Escrivá—, pues creasteis el primer diccionario de la lengua japonesa y establecisteis la primera gramática.

—Yo y el padre Da Silva —puntualizó Ayala—, posteriormente el padre Juan Fernández la corrigió y amplió.

—¿Cuántos años misionasteis allí?

El interrogado se reclinó en su asiento, distanciándose de la luz que bailaba en su rostro.

—Casi veinte años. Toda una vida. —Una sombra pareció nublar su voz—. En Japón fui ordenado sacerdote por el propio Xavier.

—Sin embargo, me han asegurado que vuestra principal misión no fue evangelizar. ¿Es eso cierto?

Ayala desvió la mirada hacia Aurteneche:

—¿Me podéis explicar a qué viene este interrogatorio?

—Por favor, responded a las preguntas del coadjutor —le rogó el anciano.

El traductor volvió la vista al frente y extendió las manos sobre la mesa para disimular la crispación que le envaraba los hombros. Contestó al cabo de un instante:

—Xavier, y después el padre Cosme de Torres cuando le sucedió al frente de la misión, me encomendaron que centrara todos mis esfuerzos en aprender el idioma y en conocer a aquellas gentes, y que pusiera por escrito todo lo que averiguara, todo lo que pudiera ayudar a la Compañía a hacer buenos cristianos. Así que quizás no recorriera los caminos ni predicara en las aldeas, pero mi labor sí fue evangelizadora.

—Evangelizar desde una biblioteca es una forma cómoda de hacerlo —sonrió el padre Escrivá—. Pero no os ofendáis. Es precisamente eso lo que os convierte en alguien tan valioso en estos momentos.

—¿Qué queréis decir?

—Según Luís Fróis, más que sacerdote, vos fuisteis un científico, alguien que estudió al detalle aquella tierra impía. Se podría decir que no existe en la Compañía nadie que entienda mejor a esos bárbaros.

—No son bárbaros —lo contradijo Ayala—. Al menos, no más bárbaros de lo que nosotros podemos parecer a sus ojos.

—Cualquiera que no viva en la fe de Cristo, padre Ayala, es un bárbaro. —El enviado de Roma buscó algo bajo su manto—. Y si no me creéis, leed esta carta.

Escrivá deslizó sobre la mesa una cuartilla plegada que Ayala recogió con cierta suspicacia. Estaba redactada en toscano y firmada por Francisco Cabral, principal de la misión en Japón:

Al Padre Everardo Mercuriano, Prepósito General de la Compañía de Jesús por la Gracia de nuestro Señor, en Roma.

1^a. Vía. Por las Filipinas.

Del Viceprovincial de Japón.

Bien sé que el Padre General no está a atender los asuntos internos de cada misión, como también sé que en pocos meses ha de desembarcar en estas costas el Padre Visitador Alessandro Valignano, enviado por vuestra merced a contribuir en cuanto séale posible en la santa labor de hacer muchos cristianos. Pero dada la urgencia de lo que aquí acontece, y en la espera de que el Padre Valignano no tenga a mal el que me dirija directamente a vos, he de advertiros

de que grandes tragedias asuélanos a los hermanos de la Compañía en estas islas del Demonio, pues aunque muchos de mis hermanos háblense allá en Roma de ver cosas aquí que honran mucho a maravilla, lo cierto es que esta gente no gusta de Dios y desprecian su Ley, y así ha sido desde que Francisco Xavier puso pie aquí. Pero ni él, que fue corrido a piedras por los caminos, y que aun así tuvo fe en este pueblo que huelga de Dios, debió afrontar los trágicos desastres que ahora acontecen nos.

Habéis de saber que el pasado X de julio, en la casa que nuestro Instituto posee en la ciudad de Osaka, apareció muerto el Hermano Luís Mendes, y tal ensañamiento hicieron con su cuerpo que los de la Compañía solo pudieron reconocerlo al ver quién faltaba. Esto provocó gran pesar y miedo en la comunidad, pero en la creencia de que nada peor pudiera acontecer, ocho jornadas después fue hallado en igual situación el Padre Pomba de Osaka, junto al ayudante japonés que atendía sus aposentos.

Sin saber a quién atribuir estas maldades, acudimos a los hidalgos que regentan esa tierra de Osaka, al tiempo que el Padre Fróis pedía la mediación del Rey Nobunaga. Pero como os he dicho, esta gente tiene en poco a toda gente extranjera, y aunque obtuvimos buenas palabras, poco hicieron por evitar más desgracias, pues el mismo día de la Asunción, cuando todo estaba dispuesto para conmemorar la llegada de la palabra de Cristo a estas tierras, el padre granadino Gonzalo Sánchez apareció muerto en la casa de Tanabe, en la misma costa pero varias leguas al este, y la forma en que fue matado recordaba por todo a la de los pobres Mendes y Pomba. Y si bien ambos lugares están distantes, los que los vieron dijéronse seguros de que era obra de la misma mano.

Viendo entonces nuestro desamparo, pedimos permiso a los hidalgos de esas costas para mandar pedir guardias de Manila y Nueva España, pero el Rey Nobunaga se negó a que ningún extranjero armado pusiera pie en el Japón. Es por eso la desesperación que sufrimos estos días, y en virtud de la santa obediencia, os ruego que tengáis a bien auxiliarnos desde Roma, y que enviéis un cuerpo de no menos de dos inquisidores y los acompañéis de alguien que conozca bien a estas gentes y estas tierras, y dice el Padre Fróis que ninguno

habría para esta labor como el Padre Martín Ayala, que a su juicio es quien queda vivo que mejor habla japonés y es capaz de comprender la razón de estas gentes. Quizás estos hombres, con la ayuda de la Santa Providencia, fueran capaces de arrojar luz sobre tales tragedias y, así expuestas, fueran los propios hidalgos japoneses los que hicieran justicia según sus leyes.

Ayala levantó la vista de la misiva, un tanto anonadado por los acontecimientos que allí se relataban.

—Esta carta se envió desde Nagasaki hace seis meses —dijo Escrivá, mientras volvía a guardarse la cuartilla—. Llegó a Roma hace dos semanas. Por supuesto, no sabemos qué más ha podido acaecer en este tiempo.

—¿Atenderán su petición? —preguntó Ayala con gravedad.

—El padre Cabral es un buen hombre que se enfrenta a unas circunstancias terribles —respondió el emisario—, sin duda pide con sensatez, pero desconoce la situación de la Compañía en Roma.

—¿Qué queréis decir?

—Nuestra situación en las Indias Orientales es precaria. Los frailes, sobre todo franciscanos y dominicos, presionan al Papa para permitirles predicar en Malaca, China y Japón. Al parecer, no se conforman con las desgracias que han llevado a las Indias Occidentales.

—¿Entonces? —inquirió Ayala, que volvía a toparse de bruces con las miserias políticas que carcomían a la Iglesia.

—Entonces, no podemos dar señales de debilidad ante el Santo Padre —sentenció Escrivá, inclinándose sobre la mesa—. Si en Roma se tuvieran noticias de estos sucesos, muchos concluirían que la situación se nos ha escapado de las manos. Enviarían inquisidores, sí, franciscanos principalmente, que no dudarían en utilizar esta tragedia para proclamar que la labor de la Compañía ha sido nefasta. Seríamos expulsados de allí para ser reemplazados por legiones franciscanas, y vos sabéis bien que los frailes no deben desembarcar en Japón. El propio Francisco Xavier lo repitió en multitud de ocasiones: no se puede evangelizar aquellas tierras como se evangeliza a los indígenas. No harían sino arrasar lo que muchos buenos hombres han sembrado.

«En efecto —pensó Ayala—, el trabajo de décadas se echaría a perder». Del mismo modo que los jesuitas perderían el control sobre el lucrativo comercio de la seda entre China y Japón.

—¿Estáis diciendo que el padre general no atenderá la llamada de la misión japonesa?

—No han sido esas mis palabras. Lo que digo es que partiréis vos solo, y en ningún caso esto se sabrá fuera de la Compañía. Viajaréis como enviado personal del padre general, con un salvoconducto extendido por la congregación y sellado por el propio Mercuriano.

—Tal documento de poco me servirá allí, no me abrirá las puertas de ningún castillo o palacio.

—Pero os dará autoridad real ante los hermanos de la Compañía, y autoridad moral ante los bárbaros. Seréis un emisario de Roma, y eso debería ser más que suficiente para que aquellos reyezuelos se pongan a vuestros pies.

Ayala suspiró. Una vez más, sus días dejaban de pertenecerle, y quizás así debía ser. ¿Acaso no era un siervo del Altísimo? Aquella vida sencilla y enclaustrada que había apaciguado sus recuerdos tocaba a su fin; debía asumirlo como el marinero que ve llegar la tormenta en alta mar, seguro de que no hay refugio posible. Quedaba, no obstante, una última cosa por decir:

—¿Sabéis que fui expulsado de la misión?

El padre Aurteneche lo miró de reajo, disimulando su sorpresa, al tiempo que Escrivá negaba con la cabeza.

—No seáis tan duro con vos mismo, padre Ayala. Tengo entendido que se os propuso abandonar la misión, pues erais uno de los que más años llevaba allí, y aceptasteis con gran sensatez. Con la misma sensatez que, espero, ahora asumáis vuestro regreso.

Y así todo quedaba olvidado, todo estaba perdonado. Ayala asintió quedamente.

—Muy bien —constató el enviado, satisfecho—. Partiréis dentro de dos semanas desde Sevilla. Os sumaréis a la Flota de Indias, la ruta castellana os permitirá alcanzar aquellas costas mucho antes. Y que Dios os asista, pues está en vuestras manos que nadie más muera en su nombre en esas islas impías.

Año 2 de la Era Eiroku¹, noche de O-Bon

Las hogueras hacían reverberar el cielo de Mino como ninguna otra noche del año. En cada templo, en cada casa, el fuego guiaba los pasos de los muertos de regreso al hogar, y allí permanecerían durante tres días hasta la culminación del O-Bon, momento en el que iniciarían el camino de vuelta al otro mundo, en la noche de Okuribi.

Sin embargo, el fuego que ardía en el jardín de Igarashi Bokuden no era un fuego de bienvenida; aunque estaba seguro de que el visitante no tardaría en llegar.

Aguardaba con las llamas a su espalda y la oscuridad en el rostro. En su mano izquierda sujetaba la de su hijo de siete años, que aferraba sus dedos hasta el punto de hacerle daño. Ambos esperaban solos, sin dirigirse la palabra, pues ya estaba todo dicho. Había preparado al niño para aquel momento desde que tuviera uso de razón.

La puerta de madera que daba acceso al jardín batió lentamente, herrumbrosos los goznes, y cruzó el umbral una mujer que ocultaba el rostro bajo un sombrero *sugegasa*². Se envolvía en una capa negra como las alas de un grajo, y un golpe de cayado subrayaba cada uno de sus pasos.

Se detuvo frente al padre y al hijo.

—Mi querido discípulo, después de todo volvemos a vernos —saludó la visitante—. ¿Cuánto hace que nos despedimos?

—Cuando concluya el verano, hará trece años —dijo Igarashi.

—Y dime, ¿sigues pensando que merece la pena el precio que has de pagar por dejar tu vida atrás?

No respondió, se limitó a arrodillarse frente a su hijo y a ponerle las manos sobre los hombros. Lo obligó a mirarle:

—No habrá palabras de despedida entre nosotros, no son necesarias, porque desde este momento ya no somos padre e hijo.

El muchacho asintió. Apretaba las mandíbulas y las lágrimas le quemaban las mejillas. El rostro del padre, sin embargo, permanecía inexpresivo; su mirada sostenía la

¹ 1559

² *Sugegasa*: sombrero de ala muy ancha fabricado con caña de arroz trenzada. De uso común entre peregrinos y viajeros cualquiera que fuera su casta, pues suponía una buena protección contra el viento y el sol.

del hijo impidiéndole bajar la cabeza. Por fin, quizás cediendo a una última debilidad, abrazó al chiquillo y apoyó una mano sobre su nuca.

—Llegará el día en que nos reencontremos —le dijo al oído—. A partir de ahora viviré esperando ese día, y tú has de hacer lo mismo, Goichi, porque quien camina con un anhelo en el pecho es capaz de cruzar los valles del infierno. —Lo apartó de sí.

La mujer alargó la mano hacia el niño, que se volvió despacio hacia ella. Observó primero los dedos largos y encallecidos; después, el rostro satisfecho de aquella que sería su familia desde esa noche. Finalmente aceptó la mano que le ofrecían. Fue conducido al exterior con el corazón desbordado de miedos y tristezas, añorando ya la vida que dejaba atrás. Antes de cruzar el umbral, miró una última vez sobre el hombro. Allí permanecía, aún de rodillas, el hombre que había sido su padre, que asintió como último gesto de despedida. Entonces la puerta se cerró, separando sus vidas definitivamente.

Cuando se supo a solas, Igarashi se permitió llorar con los puños crispados sobre las rodillas y los hombros convulsionados por el llanto. Se sentía abrumado por lo que acababa de hacer. Inspiró hondo antes de ponerse en pie y se aproximó a la hoguera; se arrancó las últimas lágrimas con el dorso de la mano y mantuvo la mirada firme en las llamas, hasta que el fuego de la noche de difuntos le secó los ojos y el alma. Solo entonces se sintió preparado para afrontar lo que restaba por hacer.

Con más determinación de la que realmente sentía, se dirigió a la terraza, se descalzó y subió a la tarima. Sin más titubeos, hizo la puerta a un lado. Dentro, arrodillada sobre el tatami y envuelta en el fino *yukata*¹ que solía vestir las noches de verano, lo aguardaba su mujer. Su rostro era sereno, pero él sabía que las aguas más turbulentas corren profundas. Solo esperaba que, con el tiempo, su esposa llegara a perdonarlo.

El *yukata* de Hikaru susurró con suavidad cuando se incorporó, e Igarashi la contempló con tristeza mientras cruzaba la estancia hacia él. Necesitaba su consuelo, se dijo, mientras ella se retiraba el alfiler que le sujetaba el pelo y la melena caía sobre sus hombros.

¹ *Yukata*: ligero kimono de algodón utilizado principalmente en los meses cálidos.

Igarashi abrió los brazos, ansioso por recibirla, por perderse en el refugio de sus cabellos, pero ella lo apuñaló con rabia en el pecho y, al retirar el punzón, dejó a la vista una herida que rezumaba sangre e incomprensión. El hombre se entregó a la frustración: la golpeó en el rostro y le retorció la muñeca, obligándola a soltar el alfiler. Hikaru, lejos de acobardarse, respondió no con la bofetada de una amante despechada, sino con un puñetazo en el cuello que lo dejó sin aliento. A continuación, hundió el pulgar en el agujero que acababa de abrirle en el pecho.

Igarashi cayó de rodillas, a punto de desvanecerse por el dolor, y ella no cejó hasta que lo tuvo de espaldas contra el suelo. Entonces, con las lágrimas por fin desbordando sus ojos, se colocó sobre su marido y empuñó el cuchillo que escondía entre las ropas. Mientras Hikaru alzaba el *kaiken* sobre su cabeza, él se dijo que merecía acabar así sus días, que ella merecía esa satisfacción. Sin embargo, no sobrevino la mortífera puñalada. Su esposa dudó, su rostro debatiéndose entre la ira y el tormento, y en el último instante giró la daga hacia su cuello.

—¡No! —gritó Igarashi, que alargó la mano a tiempo de arrebatarse el puñal.

Tiró de ella y la obligó a caer junto a él. Y allí quedó, tendida sobre su pecho, vencida por el llanto, sus lágrimas mezclándose con la sangre de su marido.

Conmovido por el dolor de Hikaru, no pudo sino acariciarle el cabello revuelto, susurrarle palabras de consuelo, llorar junto a ella. Y mientras lo hacía, reparó en que su hija los observaba desde las escaleras; los observaba y también lloraba. Lloraba por el dolor de sus padres, lloraba por su hermano perdido.